

JOSÉ LUIS PUERTO / «SE ABRIERON LAS CANCELAS» DE LA POESÍA: MEDIO SIGLO DE *SEPULCRO EN TARQUINIA* (1975), DE ANTONIO COLINAS

Hay libros que están para quedarse, libros que, una vez que se publican, recorren un itinerario firme hacia ese territorio de la consolidación, que no es habitual, sino más bien excepcional en cualquier campo humano.

En este 2025, se cumplen cincuenta años, medio siglo, de la publicación de uno de los poemarios que forman ya parte, como hito bien asentado, de la poesía española contemporánea, como es *Sepulcro en Tarquinia*, de Antonio Colinas (La Bañeza, 1946).

Es un libro, sí, que se ha quedado, que está ahí, vivo, vigente, con su espacio en los manuales y obras crítica de poesía, con sus lectores, con sus reseñas ya desde el primer momento de su aparición, con sus interpretaciones, con sus tesinas y tesis sobre él y sobre el conjunto de la obra de su autor...; pero, sobre todo, cuando lo seguimos leyendo, percibimos que estamos ante un libro vivo, fresco, que no ha envejecido, que sigue ahí, conmoviéndonos, a través de un lirismo marcado por un clasicismo contemporáneo, ámbito en el que se halla la mejor poesía de Antonio Colinas, con *Sepulcro en Tarquinia* al frente.

Sepulcro en Tarquinia vino para quedarse. Es, dentro de su generación o grupo poético de los «novísimos», del «68», o como quiera denominarse, uno de los libros más emblemáticos y memorables. Como pueden serlo también —y ha sido advertido tanto por estudioso como por lectores— poemarios como *Arde el mar* (1966), de Pere Gimferrer, o *Dibujo de la muerte* (1967), de Guillermo Carnero, por no citar sino algunos títulos incuestionables, con los que varias veces ha sido emparentado *Sepulcro en Tarquinia*, que podíamos aumentar con otros de Leopoldo María Panero, Jaime Siles (un ya lejano atardecer, en Salamanca, en la Biblioteca Pública, en la Casa de las Conchas, le escuchamos una disertación sabia, por más que fuera improvisada, sobre la poesía de Antonio Colinas), Antonio Carvajal, José María Álvarez, Antonio Martínez Sarrión, Ana María Moix, Manuel Vázquez Montalbán, Félix de Azúa, Ferrer Lerín, Antonio Hernández, sin olvidar a los salmantinos José-Miguel Ullán (habitante de otros territorios muy distintos) y Aníbal Núñez... y otros varios poetas coetáneos, en la mente de todos.

Pero, ya que los hemos citado, ¿qué diferencia estas tres obras emblemáticas y tempranas de los «novísimos»? Aquí nos da una



respuesta acertada Felipe Benítez Reyes, cuando nos indica que Antonio Colinas «ha asumido una concepción esencialmente lírica de la poesía», mientras que Gimferrer o Carnero han optado más bien «por una concepción voluntariamente intelectualizada» de la misma (Benítez Reyes: 108). En este sentido, recordamos también una carta de Vicente Aleixandre a José Luis Cano, en la que le indicaba que Antonio Colinas es el poeta más lírico de su generación.

Nosotros, hoy y aquí, no hemos de trazar un nuevo análisis de la obra, ya realizado de modo polifónico desde muy diversas perspectivas; meramente realizaremos una suerte de crónica sobre diversas ‘aventuras’ o ‘fortunas’ del libro, en distintos aspectos destacados.

Pero quisiéramos partir de una apreciación de José Olivio Jiménez, acaso uno de los mejores conocedores de la primera

poesía de Antonio Colinas y uno de los que la ha analizado con mayor finura:

«*Sepulcro en Tarquinia* resulta ... la decantación hasta hoy más depurada y a la vez humanamente temblorosa del lirismo total de su autor. Un lirismo ... que nace sellado por una vibración raigalmente romántica ante los secretos llamados de la vida del espíritu; una vibración cuyos orígenes tendrían que remontarse ... hasta los que la supieron modular de manera más virginal y límpida: Hölderlin y Novalis» (Jiménez: 87).

Contextos de la composición y ediciones tempranas

La composición del libro coincide con la estancia de Antonio Colinas en Italia, entre los años 1971 y 1974. Su hilo conductor —de algún modo— es el encuentro del mundo italiano, clásico, europeo, universal, en el que el poeta vive en ese momento, con el mundo del noroeste, de la raíz, de la memoria, del que el autor se impregna a la largo de su niñez bañezana. Como el poeta ha indicado en algún momento: «hay un sutil espíritu común [entre esos dos mundos]. La romanización es la clave de ese encuentro entre sentires y culturas».

El título elegido para la obra se halla marcado asimismo por aquellos días italianos de la primera madurez del poeta, en los que

 Nueva edición que conmemora los cincuenta años de la publicación de *Sepulcro en Tarquinia*. Madrid, Siruela, 2025

Antonio Colinas lee un libro de prosas de Vincenzo Cardarelli (1887-1959), nacido precisamente en Tarquinia, *Solitario en Arcadia*, donde aparece la tumba del guerrero etrusco (Tarquinia simbolizaría lo etrusco); pero, en el noroeste (el otro mundo presente en *Sepulcro en Tarquinia*), en Compostela, está la tumba del Apóstol.

Por ello, en *Sepulcro en Tarquinia*, se dan la mano y dialogan el mundo de la raíz, del origen (el noroeste peninsular) con el mundo de la universalidad europea (el clasicismo italiano). Y, de modo transversal, se diseminan, a lo largo de los distintos poemas, la arqueología, la historia, la cultura, la naturaleza, el misterio...

La primera edición, o edición príncipe de *Sepulcro en Tarquinia* apareció en León. Y su colofón —que reproducimos— nos proporciona una clara noticia de la primera aparición de la obra: «*Sepulcro en Tarquinia*», volumen / XXIX de «Provincia», Colección de / Poesía al cuidado editorial de / la Institución «Fray Bernardino / de Sahagún», se acabó de imprimir el día 30 de septiembre de / 1975, en los talleres de la / Imprenta Provincial de León».

Tras su aparición, *Sepulcro en Tarquinia* recibe el Premio de la Crítica, que, con su inmediata resonancia, provoca una segunda edición. De León, da un salto la obra a Barcelona, donde aparece en la editorial Lumen, con el número 109 de la prestigiosa colección El Bardo.

Tal edición lleva un preámbulo, breve, pero muy significativo, de Francisco Brines, uno de los maestros poéticos del autor, donde el poeta valenciano alude a cómo lo literario se ha transformado en vida y a cómo estamos ante una «experiencia quemada, y salvada en la palabra».

Desde su aparición y en los primeros años de su andadura, en torno a *Sepulcro en Tarquinia* se creó una amplia hermenéutica crítica, con distintos enfoques, que ya dio con claves significativas, tanto sobre la obra, como sobre el poema largo que la vertebraba. Habrá más, pero no queremos omitir, entre los críticos y estudiosos del libro, en ese primer momento, a nombres como Alejandro Amusco, Manuel Ballesteros, Marcos-Ricardo Barnatán, Felipe Benítez Reyes, Alfonso Carreño, José Antonio Carro Celada, Ernestina de Champourcin (hoy tan en boga, debido al fenómeno, tan mediático, de 'las sinsombrero'), Guillermo Díaz-Plaja, Antonio Domínguez Rey, Antonio González-Guerrero, José Olivio Jiménez, Florencio Martínez Ruiz, Carmen Ruiz Barnuevo, Álvaro de Silva, Ángel Valbuena Prat (estupenda su sinopsis sobre Antonio Colinas y *Sepulcro en Tarquinia*, en su *Historia de la literatura española*, V, 1977), Luis Antonio de Villena... y otros.

Una hermenéutica que, en torno a Antonio Colinas y toda su producción literaria, no ha dejado de crecer en todas las direcciones (artículos, trabajos en revistas especializadas, libros, ponencias en cursos universitarios, tesinas, tesis...). De la última novedad bibliográfica es autor José Enrique Martínez, buen conocedor y estudioso de la obra del bañezano, que lleva el título de *La poesía de Antonio Colinas. Entre la armonía y la mansedumbre* (León, Eolas, 2025).

La Universidad de León realiza, desde el verano de 2020, un curso de verano de tres días en torno a Antonio Colinas y la poesía contemporánea, a finales de agosto, en el que participan profesores y especialistas, así como poetas, en La Bañeza (localidad natal del poeta), en La Casa de la Poesía Fondo Cultural Antonio Colinas.

Una cartografía de la obra

Sepulcro en Tarquinia está dedicado «A Vicente Aleixandre», uno de los maestros de Antonio Colinas y con quien mantuviera una continua relación amistosa y de magisterio literario. Nos dice el propio autor bañezano que fue el propio Vicente Aleixandre el que le recomendó que titulara la obra así, cuando lo consultó y le indicó los tres títulos entre los que dudaba. Y, también, en el momento mismo del enterramiento de los restos mortales de Aleixandre, ante la fosa abierta del cementerio, en espera del féretro, fueron tres poetas de distintas generaciones los que leyeron sendos poemas del Nobel español: Dámaso Alonso, Carlos Bousoño y Antonio Colinas, tal como muestra una fotografía de aquel momento, muy difundida.

Está dividido en cuatro partes. La primera, 'Piedras de Bérghamo', consta de diez poemas. Son sus ejes Europa y, particularmente, Italia, dentro de una perspectiva y contemplación vivencial de la cultura encarnada y sentida como vida propia. Se ha hablado, en esta parte, de una visión prerrafaelista de Italia (Botticelli, Simonetta Vespucci, los alejandrinos blancos del poema «Piedras de Bérghamo»); así como también de una construcción del poema al modo *imagista* («Lago de Trasimeno»).

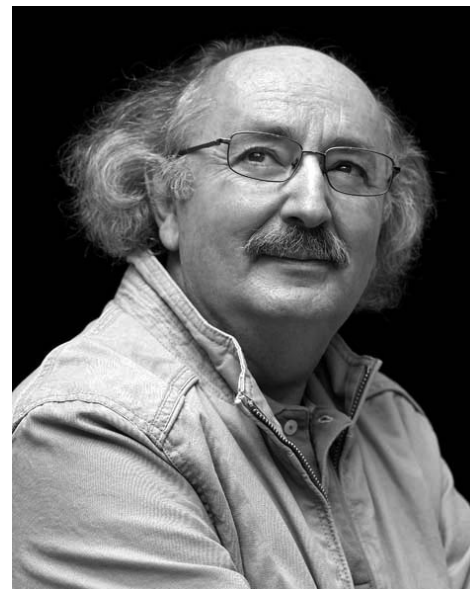
Hay, en esta parte, poemas que remiten a la composición central del libro, el largo poema que le da título, como, por ejemplo, los titulados «Simonetta Vespucci», «Piedras de Bérghamo» o «Lago de Trasimeno».

Como hay también, y aquí aparecen algunos de los poemas especialmente memorables del libro, una suerte de *dramatis personae*, con la presencia de Novalis («Novalis») o de Casanova («Giacomo Casanova acepta el cargo de bibliotecario que le ofrece, en Bohemia, el conde Waldstein»), a través de la elaboración del poema utilizando la técnica del monólogo dramático.

El poema «Giacomo Casanova...» es una lectura de las convulsiones de Europa en los siglos XVIII y XIX, hecha «desde dentro», desde el personaje ficticio —en este caso real e histórico— que vive los acontecimientos y que proclama nuestra simpatía como lectores. Pero es también, en un plano más profundo y más allá de la anécdota, una reivindicación de la individualidad, de la personalidad, manifestada por medio de la libertad y de la cultura («Y yo sólo deseo salvar mi claridad», nos indica un verso absolutamente memorable del poema), frente a cualquier forma de opresión.

En todo caso —y esto es válido tanto para esta parte inicial, como para el resto de la obra y, particularmente, para esa suerte de parte especular con la presente como es la tercera—, hay un continuo juego y trenzado de dos ejes: el geográfico y el de las personas o personajes y, siempre, en todo el libro, el de la música, el de ese decir lírico, íntimo, emotivo, marcado por una armonía y un equilibrio, que ha llevado a hablar, en este libro y en toda la lírica del autor, de una síntesis de romanticismo y clasicismo.

J. L. PUERTO /
«SE ABRIERON
LAS CANCELAS»
DE LA POESÍA...



Antonio Colinas.
© Daniel Mordzinski





J. L. PUERTO /
«SE ABRIERON
LAS CANCELAS»
DE LA POESÍA...

Toda la visión y todo el canto aparecen articulados desde un éxtasis contemplativo, desde una gran sabiduría retórica, así como desde una mirada transfiguradora de toda la materia del canto: los lugares (Europa, Italia, el noroeste del origen), la cultura (arte, poesía, música...), así como la historia y la naturaleza, contemplada desde una perspectiva virgiliana en no pocos momentos; dentro, siempre, de una aspiración a convertir en ideal de vida esa cultura europea de raíces greco-latinas, que llegará también al noroeste natal del poeta, como ocurrirá en la tercera parte y, después, en *Noche más allá de la noche* (1983), otro de los más hermosos poemarios de Antonio Colinas.

La segunda parte de la obra la constituye el largo poema que le da título, 'Sepulcro en Tarquinia', sobre el que enseguida diremos algo, que es el texto que imanta todo el libro y sobre el que todo él gravita.

Ocho poemas constituyen la tercera parte, 'Castra Petavonium', que entendemos como especular con la primera. Aquí el poeta desplaza el eje geográfico de lo universal hacia la tierra del origen: el ámbito leonés, en cuyas tierras yacen enterradas las piedras arqueológicas, las raíces latinas. Hay, en tales poemas, una fusión de pasado y presente, dentro de un continuo entrecruzamiento temporal (se ha hablado, en este aspecto, del magisterio de Francisco Brines) que recorre toda la obra.

Tendríamos, así, dentro de ese juego especular entre la primera y tercera partes, el símbolo de la piedra (como sólida semilla enterrada, que, en un determinado momento de la historia, vuelve a resurgir, para arrojar nuevos significados), presente tanto en Bérnago con en los castros del noroeste. Dentro de un juego de correspondencias entre lo universal y lo particular.

Y, en fin, el libro se cierra, en lo que puede ser una cuarta arte o epílogo, con 'Dos poemas con luz negra', tejidos ambos en un cañamazo cultural e histórico de peregrinos y catedrales, en un itinerario hacia el *finis terrae*, hacia la *terra incognita*, esto es, hacia ese horizonte del poniente, del ocaso, como ámbito de muerte y de misterio.

Vía Láctea, peregrinación a Compostela... Se pone en comunicación lo universal (parte primera) con el noroeste del origen (parte tercera), dentro de una vinculación de ambos ejes, atravesada por ese «Misterium fascinans» que lo atraviesa todo: caos, cosmos, orbe y tiempo.

Y, aquí, podemos traer a colación —porque son aplicables tanto a todo el poemario de *Sepulcro en Tarquinia*, como, nos atreveríamos a decir, a toda la lírica de Antonio Colinas— las palabras de Rudolf Otto, en *Lo santo* (José Ángel Valente decía que estaba mal traducido el título; que tendría que tener el de *Lo sagrado*):

«el concepto de *misterio* no significa otra cosa que lo oculto y secreto, lo que no es público, lo que no se concibe ni se entiende, lo que no es cotidiano y familiar ... Sin embargo, con ello nos referimos a algo positivo. Este carácter positivo del *mysterium* se experimenta sólo en sentimientos. Y estos sentimientos los podemos poner en claro, por analogía y contraposición, haciéndolos resonar sintónicamente» (Otto: 23).

Esta resonancia sintónica, eufónica, musical..., lírica, en definitiva, es la que atraviesa todo el decir de *Sepulcro en Tarquinia*. En este sentido, Antonio Colinas siempre ha seguido y sigue el *dictum* machadiano tan conocido de: «El alma del poeta / se orienta hacia el misterio» (*Soledades, galerías y otros poemas*, 1907). Y el misterio

es siempre —Otto lo indica en su obra y Antonio Colinas lo explicita en el título de su poema— fascinante, porque nos fascina y hechiza, es «Misterium fascinans». Tendríamos que notar, en todo caso, la raigambre simbolista de esta poética, a la que hay que adscribir *Sepulcro en Tarquinia*.

El largo poema vertebrador de la obra

Desde el principio y nada más publicarse el libro, comenzó a llamar poderosamente la atención de lectores y críticos el largo poema (427 versos), «Sepulcro en Tarquinia», que vertebra el libro. Enseguida tuvo una gran fortuna de análisis, interpretaciones y ediciones exentas.

La poesía contemporánea en castellano cuenta con poderosos ejemplos de poemas largos. Baste citar títulos como *El Cristo de Velázquez*, de Unamuno; *Espacio*, de Juan Ramón Jiménez; *Mujer con alcuza*, de Dámaso Alonso; o, entre los hispanoamericanos, *Muerte sin fin*, de José Gorostiza; o *Piedra de sol*, de Octavio Paz.

Antonio Colinas se suma a esta tradición no solo con «Sepulcro en Tarquinia», el poema que comentamos; sino también con «La tumba negra» (sobre Juan Sebastian Bach), que cierra su *Libro de la mansedumbre* (1997).

Con otros textos antológicos del libro, «Sepulcro en Tarquinia», el poema central, actúa como eje vertebrador de la obra y vendría a ser —si podemos utilizar tal expresión— «la joya de la corona» de todo el poemario, de ahí su fortuna crítica, analítica y editora.

En sus 427 versos, casi todos ellos endecasílabos blancos (con algún que otro pie quebrado), se narra una historia de amor que desemboca en la muerte, con un fondo paisajístico y cultural italiano, donde tampoco faltan alusiones históricas, cósmicas, mitológicas, clásicas, musicales, poéticas..., para subrayar y dar carácter a un canto existencial y amoroso inspirado.

Alejandro Amusco expresa su asunto de un modo certero y en síntesis: «El tema no es otro que la evocación de un triste episodio amoroso que el autor ha vivido o imaginado (da igual) y al que trata angustiosamente de preservar del saqueo del tiempo: *Jamás llegará nadie a este lugar, / jamás llegará nadie a este lugar*. (Contrapunto simbólico, la expoliación de la tumba de un noble guerrero etrusco enterrado en Tarquinia)». (Reseña de 1975, en la revista barcelonesa *El Ciervo*).

Tal atmósfera obsesiva y trágica se crea a través de una técnica de saltos de imágenes reiterativas y de temas, que van creciendo, yendo y volviendo, a manera de ondas en la superficie del agua. El ritmo de reiteraciones y gradaciones, de utilización de *leitmotifs* que sirven de base y de impulso al poema, contribuyen a lograr una obsesionante atmósfera de calado existencial, irracional y metafísico, muy contemporánea.

Hablábamos más arriba de *dramatis personae*. Este poema aborda también un asunto dramático, a través de un contrapunto de tiempos (el recordado, el soñado, el histórico, el existencial) y de historias: sepulcro, saqueado por la incuria humana, de un antiguo sepulcro de noble guerrero etrusco; historia, presente e intemporal, de un amor saqueado por el tiempo y la muerte. Tal dramatismo recorre, de modo sostenido, todo el poema. Y le otorga una belleza que lo convierte en memorable.

Debemos a Juan Manuel Rozas el análisis más conseguido del mismo. Sugerimos su lectura a los interesados en profundizar en él (*Ínsula*, n.º 508, 1989, pp. 1-4).

Fortuna de la obra

Tras las dos primeras ediciones indicadas de la obra, *Sepulcro en Tarquinia* seguirá su andadura editorial, tanto a través de impresiones exentas (ya sea del libro entero o del poema homónimo), como en las sucesivas y continuas ediciones de la poesía reunida del autor en distintos sellos editoriales (Visor y Siruela, particularmente).

Una de las fortunas del libro es que el largo poema que le da título y que ha sido resaltado siempre tanto por lectores, como por estudiosos y críticos, ha sido (y sigue siendo) editado exento, en ocasiones como libro de artista.

Así, la andadura de las ediciones exentas de *Sepulcro en Tarquinia* (poema) comienza en 1982, cuando aparece en Barcelona, en la Galería Amagatotis, con seis dibujos de Montserrat Ramoneda.

En 1994, nosotros mismos, en la colección que creamos y dirigimos, Pavesas. Hojas de poesía, editada en Segovia, en edición no venal de trescientos ejemplares numerados a mano, editamos *Sepulcro en Tarquinia* (poema), en el número tercero de nuestra colección, con la introducción de Juan Manuel Rozas (a la que aludiremos) y una viñeta de portada del artista catalán Joan Roma.

Después, en 1999, apareció de nuevo editado en Alicante *Sepulcro en Tarquinia* (poema), en la colección «Font de la Cometa» n.º 1, con grabados del artista alicantino Ramón Pérez Carrió, en edición de cien ejemplares numerados, más veinte (numerados en romano) como prueba de artista, firmados por el poeta y el artista.

En 2005, en la colección De viva voz, Visor, en Madrid, editaría *Sepulcro en Tarquinia*. A través de la cual, podemos escuchar el libro a través de la recitación grabada del propio Antonio Colinas.

Diez años después de la edición artística de Pérez Carrió, en 2009, *Sepulcro en Tarquinia* (poema) volvería a aparecer, iluminado por el artista Javier Alcaíns, editado en Mérida, a cargo de la Editora Regional de Extremadura.

Y, en fin, este mismo año del cincuentenario de su aparición, *Sepulcro en Tarquinia* (poema), ha vuelto a aparecer impreso, en la

colección logroñesa, veterana y ya 'mítica', de Planeta Clandestino, con el número 270, con prólogo de Alfredo Rodríguez y epílogo de Enrique Cabezón.

Aparte de otra edición, de distinto carácter, de todo el poemario completo, con introducción crítica a cargo de Isabella Tomasetti y con un comentario del largo poema homónimo, realizado por Vicenç Beltrán, ambos docentes de la romana Universidad de La Sapienza, que ya habrá aparecido, en Siruela, cuando el lector lea estas líneas.

Ello nos da una clara idea de la fortuna editorial de *Sepulcro en Tarquinia*, ya sea la del libro entero (reeditado, insistimos, en cada una de las distintas ediciones de la poesía reunida del autor), o ya del poema largo. En todo caso, arte y poesía, se dan la mano en varias de las plasmaciones editoriales de este último.

Pequeña coda

De *Sepulcro en Tarquinia* se ha destacado su romanticismo clásico, su melodía y espiritualidad, su ensoñación y lirismo, su delicadeza de tono, su palabra eufónica, su visión honda, tierna y musical, su mundo propio... Guillermo Díaz-Plaja nos da una clave que nos interesa: «He aquí, pues, una cultura transformada en vivencias. Un "saber" que se integra en un "sentir"» (Díaz-Plaja: 37), a partir del cual puede surgir la efusión lírica.

En este su medio siglo de existencia, *Sepulcro en Tarquinia* ha venido para quedarse y se halla proyectado hacia el futuro. Es un libro muy vivo y, al tiempo, clásico y contemporáneo, que nos sigue interpelando, emocionando y haciéndonos vibrar.

J. L. P.—POETA Y ENSAYISTA

Bibliografía

- BENÍTEZ REYES, F. «La poesía de Antonio Colinas», *Fin de siglo*, n.º 6-7, Jerez de la Frontera, diciembre de 1983, pp. 108-109.
 DÍAZ-PLAJA, G. «*Sepulcro en Tarquinia* de Antonio Colinas», *ABC*, Madrid, 21 de marzo de 1976, p. 37.
 JIMÉNEZ, J. O. «La Joven Poesía Española del Momento: el Lirismo Total de Antonio Colinas», *Escolios. Revista de Literatura*, vol. I, n.º 3, California, noviembre de 1976, pp. 82-96.
 OTTO, R. (1985). *Lo santo*, trad. de Fernando Vela, Madrid, Alianza.

ARIADNA G. GARCÍA / JORGE RIECHMANN: EL POETA Y ENSAYISTA DE LOS LÍMITES. AUTOCONTENCIÓN O COLAPSO

En los últimos meses Jorge Riechmann ha publicado cuatro ensayos fundamentales para abrir un debate social sobre las repercusiones del capitalismo en la biosfera y sobre la necesidad de implementar en los países occidentales un cambio cultural que posibilite la transformación de las sociedades industriales —dependientes de la energía fósil— en otras *sustentables* y compatibles con la vida en la Tierra. Tres de estos trabajos, *Otras sendas*.

Ideas para un programa ecosocialista (Viento Sur, 2024), *Un buen encaje en los ecosistemas* (Libros de la Catarata, 2024) y *Gente que no quiere viajar a Marte* (Libros de la Catarata, 2025) son, en realidad, ediciones de ensayos editados a finales del siglo XX y comienzos del XXI: *Ni tribunos* (Siglo XXI, 1996), *Biomímesis* (Libros de la Catarata, 2006) y *Gente que no quiere viajar a Marte* (Libros de la Catarata, 2004). La inestabilidad climática (la

J. L. PUERTO /
«SE ABRIERON
LAS CANCELAS»
DE LA POESÍA...

